

EL NUEVO ATENEO.

REVISTA CIENTÍFICA, LITERARIA, ARTÍSTICA,
DE INTERESES Y NOTICIAS LOCALES Y GENERALES.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Un mes. 1 pta.
Trimestre. 2,50
Números sueltos. . . 0,25
Pago anticipado.

DIRECTOR:

D. FEDERICO LATORRE Y RODRIGO.

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS.

La correspondencia se dirigirá á la Redaccion y Administracion, Cristo de la Luz, 16, pral.

EL SUICIDIO.

II.

Como cuestion moral la del suicidio está evidentemente resuelta: ni áun siquiera merecia proponerla. En todos los tratados encontramos la misma solucion é idénticas afirmaciones. ¿Habrà razon ó pretexto que justifique alguna vez tan horrible atentado? Jamás, contestan los moralistas.

El deber de conservar la vida prohíbe al hombre darse voluntariamente la muerte. El *suicidio* es un atentado contra nosotros mismos, contra la Naturaleza, contra la sociedad y contra Dios. Mirado con harta tolerancia, en nuestros tiempos, el suicidio constituye, sin embargo, un verdadero crimen. El hombre no tiene ningun derecho á disponer de su vida, no sólo porque no es suya, sino porque viviendo en sociedad, no puede propiamente privar á los demás hombres de su concurso y cooperacion para la obra comun. El suicida, sobre usurpar á la Naturaleza sus legítimos derechos, cometiendo tan enorme atentado, es un egoísta que olvida que no vive sólo para sí sino para la Humanidad y sacrifica sus deberes sociales á un estado subjetivo, á una pasion individual, á una contrariedad que le es propia. El suicida abusa indignamente del poder que como espíritu tiene sobre su cuerpo, para convertir á éste en ciego instrumento de su propia destruccion. El suicida es un impío, que léjos de confiar en la Providencia, pone por su mano remedio brutal á males pasajeros, manifestando de esta manera que ni cree en su propio esfuerzo para remediarlos, ni en el divino auxilio para redimirlos. Sobre ser inmoral el suicidio es casi siempre un acto de irreflexion, de imprevision y de torpeza, pocas veces justificado por hechos posteriores; un acto en fin indigno de un sér racional. El suicidio es además una insigne prueba de cobardía cuando se

lleva á cabo por no poder soportar la adversa fortuna; pues como acertadamente dice el poeta:

«En la adversidad y en las desgracias es fácil despreciar la vida; sólo aquél se muestra fuerte y magnánimo que sabe vivir haciéndose superior á ellas.» (1)

No se diga que hay situaciones tan dolorosas y amargas en que la vida es un mal del que nos es lícito descargarnos, como nos deshacemos de un miembro que compromete la salud del cuerpo. No; la vida no puede ser nunca un mal, tras las grandes calamidades pueden venir los consuelos; que el hombre cambie, que mejore la mala disposicion de su alma, que corrija las afecciones desarregladas, y se convencerá de que los dolores sufridos no pueden ser razon para dejar de vivir, sino para seguir viviendo. «Siempre me he llevado por máxima, decia Napoleon, que un hombre manifiesta más valor verdadero soportando las calamidades y resistiendo á los infortunios que le acosan que deshaciéndose de la vida. El suicidio es el acto de un jugador que todo lo ha perdido ó de un pródigo arruinado, y en vez de ser prueba de valor, denota que se carece de él. Abandonarse al dolor sin resistir, matarse para sustraerse á él, es abandonar el campo de batalla ántes de haber vencido. Tan valiente es el que sufre con constancia las penas del alma, como el que se mantiene firme ante la metralla de una batería.»

Pero hay más. La inmoralidad del suicidio no puede fundarse únicamente en las relaciones del individuo con la familia ó la sociedad; de otro modo se seguiria que el que estuviese falto de ellas podria atentar contra su vida. La naturaleza niega este acto atroz: los mismos animales respetan y conservan su vida. Esta insensatez no tiene igual; no se registra acto más contrario á la religion, á la moral y al derecho; nadie puede con-

(1) Rebus in adversis facile es contemnere vitam:
Fortius ille facit qui miser esse potest.

cebir que la criatura racional se rebaje más allá, mucho más allá, que los animales. El suicida ha perdido la razón por completo, y por eso olvida todos sus deberes; es un loco digno de compasión y de lástima.

No hay circunstancia alguna en la vida por terrible que sea que pueda justificar el suicidio; lo único que hará es explicarlo como hecho; pero hecho que por su repetición constante y fatal es una verdadera enfermedad social que produce grandes males y hondas perturbaciones. Por eso se necesitan medios eficaces para extirpar ese cáncer de la humanidad, que cual horrible tempestad produce efectos desastrosos: que esta dolencia, que tan hediondas y profundas llagas morales revela, tiene mucho de contagiosa. Por eso su marcha creciente al compás mismo de la civilización humana,—con todos sus problemas y horrores,—ha ejercitado las plumas más elocuentes preocupando tanto los ánimos. Por eso, en fin, todos los pueblos han mirado y miran con tan extraordinario horror ese acto de violencia: los paganos tenían en su *Tártaro* un lugar de suplicio para los que se habían dado la muerte; los judíos privaban de la sepultura los cuerpos de los suicidados; los griegos los entregaban á las manos del verdugo; los armenios quemaban las casas en que hubiesen habitado, y en tiempos no muy distantes de los nuestros, las leyes pronunciaban contra ellos penas vergonzosas de que no les libraba la muerte; hoy mismo la Iglesia niega la sepultura eclesiástica á los suicidas.

No tenemos la pretensión de poder señalar todas las causas que influyen en el crecimiento de este crimen, ni mucho menos determinar remedios infalibles contra una dolencia de tanta gravedad; pero es lo cierto que entre las primeras ocupan un lugar preferente: 1.º La carencia de un ideal de vida, que conforte al hombre en medio de las luchas de ésta y le haga estimar en más su propia existencia. 2.º La relajación de los sentimientos morales y de las ideas religiosas; relajación que priva al hombre, á la vez, de freno, de consuelo y de esperanza. 3.º El individualismo egoísta, que cifra en el propio bienestar todo fin de vida, y al mismo tiempo erige al individuo en dueño absoluto de sus acciones, sin consideración alguna á los demás. 4.º El positivismo materialista y sensual, que sobre desconocer las altas exigencias y los grandes deberes de la vida moral, entiende que el bienestar material es el único fin de toda actividad y hace intolerable, de todo punto, la ruina de la fortuna y la pérdida de los goces materiales. 5.º La falta de solidaridad en las relaciones sociales que llevan al individuo, en sus condiciones económicas y morales, á un estado de

abandono y orfandad que, exajerados por el que los sufre, le infunden una tendencia constante al aislamiento, á la miseria y á la melancolía, precedentes de acto tan inmoral.

Es preciso reconocer que la sociedad ha dejado, hasta aquí, demasiado aislado al individuo, sobrado suelta la pasión y no ha sabido, en cambio, despertar los nobles sentimientos que les sirven de equilibrio: dejando al individuo á solas con sus luchas le desespera y lleva al crimen contra los otros ó contra sí mismo. «Cuando la moral pública no opone freno alguno á las pasiones, dice Esquirol, el suicidio debe ser necesariamente mirado como el más seguro puerto contra los dolores físicos.»

Estudiemos bien la naturaleza humana; eduquemos racionalmente al hombre, dándole con la educación la fuerza necesaria para soportar el peso de la vida, por honeroso que le parezca; fortifiquemos su espíritu con puras y santas doctrinas de amor y de caridad que le lleven al convencimiento, de que forma parte integrante de una gran familia que necesita de todos sus miembros; dignifiquemos al individuo para que él á su vez se dignifique y se respete como la criatura más perfecta de la creación y es seguro que habremos extirpado la causa más inmediata de las muertes voluntarias que vemos multiplicarse, cada día, de una manera tan espantosa, en todas las clases de la sociedad (1).

Hay que combatir, pues, sin tregua y sin descanso, toda costumbre, todo hábito, toda institución, por antiguos y arraigados que sean, si pueden directa ó indirectamente llevar á nuestro ánimo el menosprecio de la existencia: los sacudimientos políticos, el espíritu militar que enseña á arrostrar la muerte sin espanto; la frecuencia con que se aplica la pena capital, los libros en que se hace la apología del suicidio, los periódicos que nunca se descuidan en trazarnos su triste realidad, las producciones dramáticas cuyo argumento descansa en esta clase de atentados, los espectáculos sangrientos y repugnantes que recuerdan el circo romano, etc. etc., son causas, mucho más directas de lo que pudiera creerse, de su extraordinario contagio.

SATURNINO MILEGO.

(Se continuará.)

(1) Con respecto á los últimos años, aparecen, por ejemplo, en 1877, Francia, con 5.804 suicidios, Austria alemana, con 2.392; Inglaterra, con 1.778; Italia, con 1.139; Baviera, con 522; Bélgica con 439, y España, de la que no tenemos á la vista datos fijos, ofrece, indudablemente, este mismo triste aumento.

LAS ARISTOCRACIAS.

(Conclusion.)

Como acabamos de ver, todas las aristocracias han tenido su razon de ser; todas han nacido del estado de la humanidad; y lo mismo ocurrirá respecto de la que vendrá á ser una necesidad; todas han pasado ó pasarán segun los países ó naciones, porque ninguna ha tenido por base el principio moral; este principio solamente puede constituir una supremacía durable, porque será animada de los sentimientos de justicia y de caridad; supremacía que nosotros llamaremos *aristocracia intelecto-moral*.

Un estado tal de cosas ¿es posible con el egoismo, con el orgullo y la codicia que reinan como soberanos en la tierra? A ésto responderemos enérgicamente: Sí; no solamente es posible, sino que ocurrirá, porque es inevitable.

Hoy domina la inteligencia; es soberana y nadie puede disputarlo; y ésto es tan verdad, que vemos al hombre del pueblo llegar hasta los primeros empleos. Esta aristocracia ¿no es más justa, más lógica y más racional que la de la fuerza brutal, la del nacimiento ó la del dinero? ¿Por qué pues, sería imposible unir á la inteligencia la moralidad?— Porque el mal domina sobre la tierra, dicen los pesimistas. —Pues qué, ¿está probado que el bien no le vencerá jamás? Las costumbres, y por consecuencia las instituciones sociales, ¿no valen hoy cien veces más que en la Edad Media? ¿No ha sido cada siglo señalado por un progreso? ¿Por qué pues la humanidad habia de estancarse cuando tanto tiene que hacer? Los hombres, por un instinto natural, buscan su bienestar; si no lo encuentran completo en el reino de la inteligencia, lo buscarán en otra parte; y dónde podrán encontrarlo si no es en el reino de la moralidad? Para ésto es preciso que la moralidad supere numéricamente. Hay muchísimo que hacer, es indispensable, pero sería una nécia presuncion decir que la humanidad ha llegado á su apogeo, cuando se la vé marchar sin cesar por el camino del progreso.

Digamos desde luégo que los buenos, sobre la tierra, no son tan raros como se cree; los malos son numerosos, es desgraciadamente verdad; pero lo que les hace parecer aún más numerosos, es que tienen audacia y conocen que esta audacia misma les es necesaria para su logro; y sin embargo comprenden de tal manera la preponderancia del bien, que no pudiendo practicarle, toman su disfraz.

Los buenos, al contrario, no hacen ostentacion de sus buenas cualidades; no se exhiben, y hé aquí por qué parecen poco numerosos; pero sondead los actos íntimos verificados sin ostentacion, y en todos los rangos de la sociedad encontrareis todavia buenas y leales naturalezas para tranquilizar el corazon y no desesperar de la humanidad. Y además, es preciso decirlo tambien, entre los malos hay muchos que lo son por seduccion de otros, y vendrian á ser buenos si se les sometiese á una buena influencia.

Sentemos como hecho que sobre 100 individuos hay 25 buenos y 75 malos; de estos últimos los 50 lo son por debilidad, y que serian buenos si tuviesen buenos ejemplos que imitar, y si sobre todo hubieran tenido una direccion desde la infancia, y que de los 25 verdaderamente malos no todos son incorregibles.

En el estado actual de cosas, los malos están en mayoría y hacen la ley á los buenos; pero supongamos que una circunstancia conduzca á la conversion á los 50, en este caso los buenos estarán en mayoría é impondrán la ley á su vez; de los otros 25 francamente malos, muchos sufrirán su influencia y no quedarán más que algunos incorregibles sin preponderancia alguna.

Tomemos un ejemplo por comparacion: Hay pueblos en donde el asesinato y el robo constituyen su estado normal: el bien es allí la excepcion. En los pueblos más adelantados y mejor gobernados de Europa, el crimen es la excepcion; perseguido por las leyes no tiene influencia sobre la sociedad. Lo que domina en ellos son los vicios de carácter: el orgullo, el egoismo, la concupiscencia y su acompañamiento.

¿Por qué, pues, progresando estos pueblos, no vendrian á ser los vicios la excepcion, como lo son hoy los crímenes, mientras que los pueblos inferiores alcanzarían nuestro nivel? Negar la posibilidad de esta marcha ascendente sería negar el progreso.

Seguramente que un estado tal de cosas no puede ser la obra de un dia, pero si hay alguna causa que deba apresurar este acontecimiento, es sin duda alguna nuestra Filosofía Espiritualista, en oposicion completa á la Materialista. Agente por excelencia de la solidaridad humana, demostrando las pruebas de la vida actual, como la consecuencia lógica y racional de actos verificados anteriormente, haciendo de cada hombre el artífice voluntario de su propia felicidad, de su propagacion universal resultará necesariamente una elevacion sensible del nivel moral actual.

Apenas elaborados los principios generales de esta ciencia, y coordinados, han reunido ya en una imponente comunión de pensamientos millones de adeptos diseminados por toda la tierra. Los progresos cumplidos bajo su influencia, las trasformaciones individuales y locales que han provocado en poco tiempo, nos permiten apreciar las numerosas modificaciones fundamentales que son llamadas á determinar en el porvenir.

Pero si, gracias al desarrollo y á la aceptacion general de su doctrina, el nivel moral de la humanidad tiende constantemente á elevarse, se equivocaría uno grandemente al suponer que la moralidad llegaría á ser más preponderante que la inteligencia. La ciencia, en efecto, no exige que se la acepte ciegamente; al contrario, escita y llama á la discusion y á la luz.

En lugar de la fé ciega que aniquila la libertad de pensar, dice: *No hay fé inquebrantable sino aquella que puede examinar la razon, cara á cara, en todas las edades de la humanidad. A la fé la es preciso una base, y esta base es la inteligencia perfecta de lo que se debe creer; para creer no basta ver, es necesario comprender.*

Es, pues, con buen derecho como podemos considerar nuestra Filosofía como uno de los más poderosos precursores de la aristocracia del porvenir, es decir, de la *aristocracia intelecto-moral*.

L. H. DENIZART.

BIBLIOGRAFÍA.

TRADICIONES DE TOLEDO

POR
EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Hace más de tres siglos que Felipe II, trasladando la corte de la monarquía española á la villa de Madrid y llevando tras sí á la nobleza y á lo más distinguido del pueblo toledano, dejó á la ciudad querida de los godos y de los árabes desierta y silenciosa cual nido de águilas abandonado en la cima de las rocas sobre que se asienta. Hace más de tres siglos que, en su Alcázar, no se oye el ruido de los hombres de armas ni el sonido del clarín de guerra, ni se ven cruzar por sus espaciosas galerías á los engalanados pajes y cortesanas damas, alma de las intrigas palaciegas. En los adarves de sus murallas ya no brillan las armaduras de los centinelas y en sus calles estrechas y tortuosas y en sus ventanas ojivales, ya no se observa al enamorado hidalgo y á la amante doncella que heredó de los hijos del profeta sus ojos negros y su mirar de fuego. Los farolillos que con su luz mortecina iluminaban la imagen de algun crucifijo ó la efigie de algun santo de la devoción del barrio, ya no hacen brillar las hojas de las espadas toledanas, en las manos de nocturnos y enamorados combatientes. Sus palacios con los artesonados de cedro y marfil y las preciosas labores que los árabes castellanos dejaron esculpidas en sus paredes, perdieron la animación y vida que tenían, siendo ocupados por viejos escuderos y acartonadas dueñas que á las oraciones cerraban sus puertas, temerosas tanto de los duendes y de las brujas como de las gentes de mal vivir que poco despues de la hora del crepúsculo empezaban á pulular por las calles, muy á pesar de las rondas de alguaciles y de las órdenes del Corregidor.

Con el trascurso de los siglos, aquellos elegantes palacios se convirtieron en severos claustros y en los salones donde en un tiempo resonaron las carcajadas de los festines, se escucharon más tarde los armoniosos acordes del órgano de las religiosas. Toledo con sus enormes casas solariegas casi abandonadas á las aves de rapiña y sus nieblas de invierno, fué asemejando mudo é inanimado esqueleto envuelto en el blanco sudario que éstas le formaban.

En la ciudad de los concilios parecia sentirse el silencio de la muerte; no quedaba en ella ni un átomo de la vitalidad que siempre la distinguiera, ni un rasgo en sus moradores que llevara á la mente el recuerdo de sus pasadas glorias; y no obstante ésto Toledo no ha muerto, Toledo se agita todavía con el recuerdo de su antigua grandeza y si hoy duerme para la sociedad y las corrientes del siglo XIX, vive todavía para la poesía y el arte contemporáneos que encuentran entre las ruinas de sus palacios y las ojivas de sus templos, incalculables bellezas que exhibir á la pública contemplación del mundo moderno.

Las tradiciones de Toledo encerraban multitud de esas bellezas que, estando destinadas á perderse en el olvido por la muerte de las ideas, de las instituciones y de las costumbres, en cuya virtud nacieron y se desarrollaron, han sobrevivido sin embargo hasta nuestros dias trasmitiéndose como un sacratísimo legado, de generación en generación, por la fuerza desconocida que la tradición ejerce siempre en el ánimo de los pueblos donde tuvo origen.

Por eso el libro, *Tradiciones de Toledo*, del Sr. Olavarría, que hoy vé la luz pública, tiene una grandísima importancia para la literatura patria y un interés de primer orden para la imperial ciudad que no podrá menos de agradecer á su autor despierte hácia ella la atención del mundo artístico y literario, mostrando en todo su esplendor el carácter de la poesía popular toledana.

Por mi parte puedo asegurar que el libro del Sr. Olavarría ha despertado sentimientos que se abrigaban en mi corazón como inapreciable tesoro guardado con el mismo afán que la fortuna del avaro.

Yo no puedo olvidar nunca que en los primeros albores de mi existencia, mi padre, nacido como yo en Toledo, amante de sus glorias y entusiasta de sus bellezas, me hizo conocer una buena parte de sus preciosas tradiciones, desarrollando en mi ánimo, desde muy pequeño, el sagrado cariño al suelo que me vió nacer.

Yo no puedo olvidar que, en la primavera de mi vida y en esta misma estación del año, he respirado mil veces el puro y embalsamado ambiente que las vegas del Tajo mandan á la que fué sultana de los hijos del Profeta, envolviéndola en el perfume de sus flores; que en mi infancia he corrido por sus calles, que he subido á sus torres mudejares desde las cuales he visto salir el sol rodeado de nubes de grana y de zafir, rasgando con sus rayos la blanca niebla que envolvía á la ciudad y ocultarse tras una línea azulada de montañas, dorando con sus últimos rayos las agujas góticas de sus elevados templos. Yo no puedo menos de recordar que bajo las majestuosas bóvedas de su inmensa Catedral he asistido en mi juventud á la primera Misa de Pascua, la noche del nacimiento de nuestro Redentor, que he recorrido sus naves el Miércoles Santo en las horas de tinieblas, escuchando con profundo recogimiento el melancólico canto de los Sacerdotes, que me producía en aquellos instantes el estremecimiento de lo admirable y grandioso; que el día de Viernes Santo, cuando las iglesias se hallan cerradas, el ara de los altares desnuda y las lámparas apagadas, he visto cruzar por sus estrechas callejuelas la imagen de la Virgen llevando en sus brazos el cuerpo de su Divino Hijo, entre dos filas de imponentes guerreros cubiertos de férreas y brillantes armaduras; y el Sábado de Resurrección, cuando la naturaleza despierta al mismo tiempo que resucita el Salvador del mundo, he echado á vuelo las campanas á la hora del *Gloria* y recorrido los nacientes campos cuando el sol declinaba, asido á mi pequeño y blanco corderillo. Pero sobre todo, lo que nunca podrá apartarse de mi memoria es el primer día de Mayo, en que se celebra la fiesta de la Virgen del Valle. En ese día, mi dulce y cariñosa madre, naturaleza sensible y delicada que gozaba en extremo dando expansión á su alma entre los riscos donde se asienta la Peña del Moro, apenas las golondrinas con su alegre canto venían á anunciarnos la salida del sol, hacía levantarse á toda la familia y momentos despues caminábamos todos en dirección á la ermita saliendo por el puente de San Martín. El cielo brillaba en todo su esplendor, la naturaleza sonreía, las florecillas extendían sus plateados pétalos, las amapolas elevaban al cielo sus cálices rojos, los albaricoques se mostraban llenos de fruto y las espigas se mecían en sus tallos á impulsos de la brisa, todo era placer y alegría: yo iba todo el camino cogiendo mariposas y haciendo ramos de flores que regalaba á mis hermanas y en cuanto llegaba al valle mi

primera ocupacion, despues de visitar á la Virgen, era subir á la Peña del Moro, para contemplar el inmenso panorama que á nuestra vista se presentaba. Mi padre solia acompañarme á pesar de sus años y sentado á mi lado me referia en cada monumento de los que desde aquel sitio contemplábamos una historia y en cada edificio una tradicion.

Ante recuerdos tan queridos que renuevan en mi ánimo las dulces emociones que perfumadas por la infancia experimentara en aquellos dias tan felices de mi vida, no puedo ménos de rendir un tributo de admiracion y cariño al jóven literato, que siendo ya hace tiempo una esperanza para las letras pátrias, ha demostrado, en su primera obra, que reúne todas las condiciones del escritor y del artista.

Leyendo su obra no se puede ménos de pensar que ha tenido necesidad de vivir entre nosotros mucho tiempo, buscando nuestras leyendas, estudiando nuestras costumbres, analizando nuestro carácter, identificándose, en una palabra, con el espíritu clásico de la Roma española, para dar á sus producciones el sabor local que en ellas se observa y el marcado sello de autenticidad que, con sus bien estudiadas notas, ha logrado imprimirlas.

Y no es sólo; la forma de su libro no puede ser más delicada ni más poética. Es preciso leer sus bellas páginas para comprender todo su valor y sentir la dulce impresion que embarga el ánimo del lector, cuando al levantar la cubierta, se tropieza con una admirable introduccion donde el autor ha vertido todo el raudal de su inspirada fantasía. Es necesario escuchar la descripcion que en la tradicion de *La Peña del Moro* hace del grandioso panorama que desde allí se ofrece á nuestra vista, para darse cuenta de que vivimos en una ciudad que ha sido emporio de todas las civilizaciones antiguas y que con sus torres de filigrana, sus templos suntuosos, su soberbio alcázar, su ambiente puro y su campiña perfumada, ha conservado el sello impreso por aquellas potentes generaciones que tanto la amaron y tanto lamentaron su pérdida. No puede darse descripcion más grandiosa, ni belleza más sublime que la encerrada en esas páginas: el que haya tenido la dicha de nacer en Toledo, no podrá ménos de sentirse orgulloso leyéndolas y recordando que en aquellos lugares abrió por primera vez sus ojos á la luz, que aquellas brisas mecieron su cuna, que en sus templos aprendió á orar y en su campiña á sentir el aguijon de los primeros amores.

Eugenio de Olavarría se presenta, en su primer libro, como uno de nuestros poetas legendarios de mayor fuerza. Parece que ha heredado para esta clase de literatura el génio poético del ilustre Duque de Rivas y adquirido el del eminente y popular Zorrilla. Leyéndole, recordamos al malogrado Becquer al cual se parece en su facilidad, en su poesía y en el sentimiento que domina en sus leyendas; pero bien pronto se nota la diferencia, porque Olavarría llena sus tradiciones de datos, citas históricas y consideraciones filosófico-sociales, que denotan una erudicion vasta y un conocimiento científico poco comunes.

Quizás sea éste el único defecto que haya en su libro, pues el carácter principal de la leyenda es la sencillez que necesariamente debe tener todo suceso desarrollado en la fantasía popular y en las cándidas creencias de los que rinden más tributo al sentimiento que á la razon.

El mismo autor lo reconoce así en los primeros párrafos de *El Baño de la Cava*, y parece un tanto difícil explicar cómo, teniendo conciencia del carácter literario de la obra

que se proponia publicar y del modo de ser particular de las leyendas, haya exornado á éstas de la brillantez que le prestan la historia y la filosofía, que muchas veces no permiten examinar su fondo sencillo y poético.

Un buen ejemplo de esto último tenemos en la tradicion de *Santiago del Arrabal* que más parece un artículo histórico lleno de erudicion y apoyado en citas de autores respetables, que una tradicion arrancada á la memoria y á la imaginacion del pueblo.

Aun así y todo el libro del Sr. Olavarría que encierra innumerables bellezas, está llamado á ser leído con interés, no solamente en España sino en el extranjero, por todos los que sean amantes de la literatura pátria.

Por su parte los toledanos, á quienes la publicacion de sus leyendas interesa, no sólo moral sino materialmente, verán en la coleccion del jóven poeta su libro predilecto y en su autor un hijo de Toledo más á quien dar el título de hermano.

FERNANDO SANCHEZ.

EL DOCTOR JACOBO.

LEYENDA.

III.

En verdad que no esperaba
Del buen anciano el aviso,
Ni para obrar su permiso
La turba inquisitorial:
Pronto inundaron la casa
Y rincones y aposentos
Registraron, avarientos
De un indicio criminal.

Nada de tocar se olvidan
Aquellas manos impuras;
Y forzando cerraduras
Y rompiendo sin temor
Muebles, estantes, cajones,
Los esbirros, sin rebozo,
Hicieron hondo destrozo
En la casa del Doctor.

Todo se vé y escudriña,
Con afan extraordinario,
Y sólo resta un armario
Que, embutido en un rincon,
Es el punto donde fija,
Y á fé con sospechas miles,
Aquel turbion de alguaciles
Su redomada atencion.

Fué, pues, abierto el armario:
Viéronse en él colocadas
Varias prendas desechadas;
Mas bien se puede observar
Que el Doctor está vendido:
Frio sudor su faz brota,
Y por su cuerpo se nota
Leve temblor circular.

El jefe de los esbirros
Nota emocion tan profunda,
Y entonces por vez segunda
Hacia el armario llegó.
Golpeó con fuerte mano
Del mueble aquel en lo hondo
Y súbitamente, el fondo
De aquel armario saltó.

Ronco gemido de espanto
Lanzó el Doctor de su boca:
Su mano elevóse loca
Sus sienes á golpear.
Y todos, todos temblaron,
Pues aquel cajon secreto
En su fondo un esqueleto
Permitia contemplar.

Rigida, triste, sombría
Su descarnada silueta,
Mostraba inmóvil, escueta
Y blanco como el marfil,
El reflejo de las luces
Que sobre él se posaba,
De sus huesos arrancaba
Fosfóreos brillos mil.

— ¡Gentil, hereje, protervo;—
Al cabo de un breve instante
Con rudo acento vibrante
Exclamó el inquisidor:
—Prueba á tu culpa faltaba,
Mas hoy de faltarnos cesa;
¡Di si ante la prueba esa
Es posible otra mejor!

Pero no importa, el castigo
No tardará largos plazos.
¡Atadle manos y brazos
Y en la cárcel con él dad!
Y en cuanto á esos restos viles,
No bien apunte la aurora,
La hoguera devoradora
Con ellos alimentad!

— ¡Imposible!—el Doctor dijo
Cuando hubo el fraile acabado:—
Ese esqueleto es sagrado
Para ti! Si osas á él,
Pronto á quebrantar tu alma
Implacables, violentos,
Profundos remordimientos
Te asaltarán en tropel!

No pongas en él tus manos
De deshonra marca oscura,
Pues la sangre siempre pura
Que esos huesos fecundó....—
Jacobó acabar no pudo:
A él un esbirro se abraza
Y al punto espesa mordaza
Sobre sus labios cayó.

En vano el Médico lucha
Y convulso forcejea,
Y, con sus brazos, pelea
Contra los brazos que van
A ligarse al cuerpo suyo
Como parásitas hiedras
Que en los troncos y en las piedras
Adheridas siempre están.

—Ante el Tribunal mañana—
El fraile sigue diciendo—
Podrás hablar, defendiendo
Cuanto acabas de decir:
Ahora, salgamos al punto,
Que la cárcel está ansiosa
De la presa valiosa
Que pronto ha de recibir.—

Dijo; el Doctor su mirada
Fijó del fraile en la frente:

Mirada obstinada, ardiente,
Chispa de ira y de dolor;
Y alejaronse más tarde
Después de sellar la puerta,
Por la calleja desierta
Fraile, esbirros y Doctor.

FEDERICO PARREÑO BALLESTEROS.

(Se continuará.)

EL AVE-MARIA DE GOUNOD.

III.

Los primeros meses pasaron casi felices para él; ocupado la mayor parte del día en sus clases de la Academia y en el Museo, copiando á los maestros, apenas le quedaba tiempo para otra cosa que fijar en su imaginacion soñadora mil planes para el porvenir; pero poco á poco, y sin que Andrés se apercibiera de ello, se fué extinguiendo la corta herencia de su tío. Llegó un día en que al pagar á la patrona advirtió con tristeza que en el fondo de la maleta sólo quedaban algunos duros, los cuales no alcanzaban á satisfacer el importe de la mensualidad, y entónces la palabra *economía* surgió por vez primera en su cerebro.

Comenzó por cambiar de habitacion. En la misma casa que habitaba habia dos guardillas, una la ocupaba la portera, la otra estaba desalquilada; trasladó su equipaje á ésta, cedióle su antigua patrona algunos muebles y la cama, por una módica cantidad al mes, y quedó instalado catorce escalones más alto y sobre el mismo cuarto que hasta entónces habia ocupado; total 70 rs. mensuales, quedaban pues hasta los 180 de que disponia, 110 rs. para la comida, tabaco y utensilios de pintura.

Después de algunas operaciones matemáticas con la portera, quedó convenido que ésta le subiria un vaso de leche por la mañana y por la tarde el modesto cocido, todo por la suma de 3 rs. y medio diarios.

Una vez ajustado el nuevo trato, Andrés contento y satisfecho por hallarse á cubierto de esos dos enemigos de la vida, el hambre y la intemperie, durante aquel mes, salió á la calle decidido á buscar trabajo con que prolongar su existencia los meses sucesivos; metió en su bolsillo una carta de recomendacion para un editor que gozaba entónces de mucha fama y encaminóse á su casa con la seguridad de que éste, conocedor de su estado, le prestaria proteccion y apoyo. ¡Creia el pobre artista que cuando el fin tras que se corre es bueno y honrado no hay obstáculos que se opongan á su camino! Bien pronto se convenció de lo contrario.

El editor leyó la carta con satisfaccion y cuando Andrés le contó su situacion insostenible, cuando le dijo su deseo, el buen señor, con la mayor amabilidad del mundo y con la sonrisa en los labios le dijo:

— ¡Cuánto lo siento! Pero es el caso que las obras que tengo en publicacion se hallan encargados de ilustrarlas algunos artistas y éstos casi tienen cobrado el importe de los dibujos que han de hacer todavía. ¡Crea V. que lo siento con toda mi alma; muchos son los que se encuentran en la misma situacion que V. y es verdaderamente lastimoso que la mayor parte de los que se dedican á carrera tan noble como la de las artes, hayan de pasar por la miseria, si no perecen en ella, ántes de alcanzar la gloria....! En fin, véngase V. por

aquí pasado algun tiempo y si hay algo, haré por V. cuanto me sea posible.—

Andrés comenzó á desalentarse, sin embargo, recordó que habia en Madrid un paisano suyo grande amigo de su padre, que ocupaba una brillante posicion, y se dirigió en su busca. Dos ó tres veces estuvo en su casa sin encontrarle, por fin la última, despues de una antesala interminable, logró verle. ¡Cuánto se alegró aquel señor de la visita! ¡Cómo recordó con tristeza la pérdida de amigo tan bueno! Andrés le explicó el objeto que le traía; de buena gana hubiera sacado al pobre huérfano de su precario estado, pero se habia dedicado el muchacho á las bellas artes y en ese terreno no podia hacer nada por él. ¡A quién se le ocurre dedicarse hoy á una carrera tan poco productiva! ¡la mayor parte de los pintores se mueren de hambre!....

Miéntras tanto los dias se iban pasando y Andrés veía llegar el último de aquel mes tras del cual se encontraban el abandono y la miseria.

IV.

Trascurrieron algunas semanas; era una noche fria, pero tranquila y serena de Diciembre; Andrés que hacía unos dias no trabajaba porque sólo quedaban en su paleta tonos oscuros y ni un pliego de papel se encontraba en su cartera, salió de su casa como huyendo de la tristeza y lobreguez que reinaba en ella; sin abrigo, con las manos metidas en los bolsillos del pantalon, con la cabeza hundida en el pecho y fijos sus ojos en el suelo, atravesó las calles por entre una multitud que feliz y contenta saludaba con cantares y zambombazos el nacimiento del Señor; cruzó la Puerta del Sol cuajada de gente, con sus mil ruidos y con su delirio de alegría y de locura, y siguió por la de Alcalá torciendo hácia Recoletos. Cuando llegó al paseo de la Castellana ya se habia apagado el rumor de la fiesta, sólo se oía el murmullo seco y prolongado del viento al chocar contra los escuetos árboles y á lo lejos la voz de las campanas llamando á los fieles á la tradicional *misa del Gallo*.

Dejóse Andrés caer en un banco del paseo, apoyó los codos sobre sus rodillas y hundió la frente entre sus manos.

Así permaneció largo rato. De pronto, contrastando con el silencio de la noche, un grupo de notas dulces y melancólicas hirieron el espacio, despues una voz llena de poesía y de sentimiento entonó el *Ave-María* de Gounod, Andrés alzó su cabeza, sintió desbordarse en su corazon una alegría inexplicable y oprimió con ambas manos su pecho que palpita con violencia.

Allí cerca, en aquella noche, noche buena para todos, feliz y hermosa, en que la desgracia y el infortunio parecian haber huido de la tierra dejando al mundo en brazos del placer y la alegría, casi junto á él, habia un sér que como él sufría; que como él, en medio de lo amargo de su pesar, buscaba en otro espacio, separado del bullicio y de la fiesta, un lenitivo á su dolor; porque aquella voz, aquella música, no era la cancion del que busca distracciones en su aburrimiento; no era el canto del artista que se extasía con su ideal, era la queja del alma dolorida que dirige á Dios sus ojos anegados en llanto; era la plegaria del náufrago que pone en el cielo su esperanza.

Andrés se levantó de su asiento y se dirigió al punto de donde la voz partía; en aquel momento cesó el canto y un ruido discorde y seco, como si los codos del que tocaba se

hubieran apoyado con fuerza sobre el teclado de marfil, brotó del piano. Era indudable que aquella mujer continuaba en silencio su amarga súplica.

Andrés llegó á la ventana, hizo un esfuerzo suspendiéndose de los hierros de la barandilla, y se dejó caer al suelo; las dobles cortinas de la habitacion ocultaban por completo el interior; pero él, en medio de su delirio, la vió pasar por su cerebro pensativa y triste. Era hermosa, hermosa y blanca como las creaciones de Rafaél; hermosa y esbelta como las vírgenes de granito de los cláustros góticos. Él recogió el amoroso suspiro que se escapó de sus lábios y sintió en su alma, al aspirar su aliento, levantarse con el fuego de los 20 años, una pasion ardiente y avasalladora.

Todos sus pesares, todas sus luchas, se borraron de su imaginacion sintiéndose nacer á una nueva vida ¡Ser amado por aquella mujer, dormirse entre sus brazos y soñar en sus hombros! hé aquí la única idea que inundaba su mente.

Allí de pié, ante la casa, pasó largas horas. Cuando la luz desapareció de la ventana y la esperanza de verla se ocultó tras las cerradas maderas, Andrés volvió en sí de su éxtasis, sintió el frio de la noche helar su cuerpo y dirigióse pensativo á la ciudad.

ADRIAN GARCIA AGE.

(Se continuará.)

MISCELÁNEA.

Segun nuestras noticias, que tenemos por fidedignas, la Comision que se nombró en la reunion del Ayuntamiento para gestionar la continuacion de la Escuela Central de Tiro en Toledo, duerme el sueño de la inocencia.

Si no estamos mal enterados, pronto debe llegar á la Direccion de Infantería el informe acerca de las condiciones que presenta el campo de tiro ofrecido por el Ayuntamiento de Valladolid.

La *actividad* de los representantes de Toledo es digna de elogio: su Presidente no *descansa* un momento y á este asunto dedica toda su atencion, pero, sin embargo, la Comision no dá señales de vida. Ha muerto?... ¿Habrá alguno *interesado* en que desaparezca ese Centro de instruccion militar?

El lunes último abrió, por fin, sus puertas el elegante Teatro de Rojas, haciendo su presentacion, ante una muy mediana concurrencia, la compañía dramática que dirige el inteligente actor D. Manuel Calvo. La obra escogida para el *debut*, fué la tan conocida del malogrado Ayala: *El Tanto por ciento*. En su interpretacion pudieron lucir sus facultades todos los actores y el público correspondió con sus aplausos al talento de los artistas. El martes se representó con bastante acierto *El Hombre de mundo*, y el jueves *Las Riendas del Gobierno*. El público se distinguió, ambas noches, por su ausencia: las localidades desiertas, el abono casi nulo. Sentimos este alejamiento de aquel centro de ilustracion, pues como dice un crítico de nuestros dias, «el Teatro es el verdadero barómetro de la cultura de los pueblos.» Y en verdad, la Compañía dramática que actúa en Rojas merece mayor concurrencia.

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros suscritores y al público, la estancia en esta imperial ciudad del reputado profesor D. Juan Parga, primer guitarrista de Cámara.

Este notable artista, que tantas glorias ha sabido conquistarse en las principales capitales de nuestra patria, permanecerá en esta por breves dias.

Hemos tenido la dicha de oírle unos cuantos amigos y algunas personas inteligentes en el divino arte de Apolo, en su misma casa y á invitacion finísima hecha por el mismo,

y cuanto pudiéramos decir resultaría pálido ante la verdad de su reconocido mérito.

Deseáramos que tanto el *Círculo de Artistas é Industriales*, como la *Tertulia* favorecieran á tan distinguido maestro, proporcionando á sus Sócios la satisfacción de oírle, porque abrigamos la convicción de que cuantos asistan á los conciertos que con tal fin se anunciaren, quedarían admirados de la afinación y ejecución notabilísima del Sr. Parga, en instrumento tan difícil como es la guitarra, que en sus manos se convierte en una verdadera orquesta.

Concluida la impresión del elegante folleto relativo á la solemnidad que la clase médica celebró el día 26 del pasado mes de Setiembre, se ha puesto ya á la venta al precio de *cuatro reales*, en la librería de Fando y en la Administración de este periódico.

Centro de Artistas é Industriales.—Desde el día 16 del corriente mes, queda abierta la matrícula, en esta Sociedad, para el curso de 1880 á 1881.

Para ser inscrito se requiere tener doce años cumplidos y ser presentado ó recomendado por un sócio, el cual responderá del buen comportamiento del alumno.

La enseñanza es gratuita.

Las clases en que podrán matricularse (por ahora) son:

Primera enseñanza, elemental y superior.—*Aritmética*.—*Geometría*.—*Dibujo lineal, de figura y adorno*.—*Geografía é Historia*.—*Música*.—*Elementos de construcción aplicada á la Carpintería y Albañilería*.

Todos los días no feriados, en la primera hora de la no-

che, podrá hacerse la inscripción verbal ó por escrito, en la Secretaría situada en su local, Cadenas, 5.

Las clases darán principio el día 8 del próximo Noviembre. Terminado el curso se adjudicarán premios á los alumnos que por su aplicación y constancia los merezcan.

Toledo 14 de Octubre de 1880.—El Presidente, Venancio Ruano.

El distinguido Médico-oculista D. Casiano Macías Rodríguez, acaba de poner á la venta un colirio eficaz é inofensivo que sirve para resolver la catarata. Tanto por la importancia de dicho específico cuanto por la gran reputación que tiene adquirida en su larga práctica el autor, omitimos hacer elogio alguno de él, siendo así que los numerosos resultados favorables que ha obtenido, son suficiente garantía para que hagan uso de tan importante colirio los que se hallen atacados de esa terrible enfermedad llamada catarata.

Agradecemos al Sr. D. Francisco Arechavala, el ejemplar de su precioso poema *Un Angel más*, cuyas bellezas de inspiración, sentimiento y estilo le recomiendan sobradamente. Forma un bonito folleto que al precio de una peseta se vende en las librerías de San Martín, Puerta del Sol, 6, y de Martínez, Príncipe, 25, Madrid.

TOLEDO, 1880.

IMPRESA Y LIBRERIA DE FANDO É HIJO,
Comercio, 31 y Alcázar, 20.

ANUNCIOS.

LA UNION Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPAÑIA DE SEGUROS REUNIDOS.

GARANTÍAS.

Capital social: 36.000.000 de Rs. vn. efectivos.

PRIMAS Y RESERVAS: RS. VN. 74.578.314,44.

16 AÑOS DE EXISTENCIA.

Esta gran Compañía NACIONAL, cuyo capital social de 36 MILLONES de rs. vn. no nominales, sino EFECTIVOS, es superior al de las demás Compañías que operan en España, asegura contra el incendio; sobre la vida y el riesgo marítimo.

El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que ha sabido inspirar al público en los 16 AÑOS QUE CUENTA DE EXISTENCIA, durante los cuales ha satisfecho por siniestros, la importante suma de

Rs. vn. 58.755.294,12.

Subdirector en Toledo, D. Fermin Amusco, calle del Locum, núm. 16.

TRADICIONES DE TOLEDO

POR

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Esta obra, que consta de 312 páginas en 8.º prolongado, se halla de venta en todas las librerías de España al precio de 10 rs.

Los pedidos á los Sres. Montoya y C.ª, Caños, 1, imprenta, Madrid.

En Toledo, librerías de Fando é Hijo y de Villatoro, calle del Comercio.

ULTRAMARINOS

DE

CÁNDIDO GARCIA,

COMERCIO, 10.—TOLEDO.

Gran surtido de vinos, licores y comestibles.

PELUQUERÍA Y BARBERÍA MADRILEÑA DE VALERO, ZOCODOVER, 24.

Hay abonos á los precios siguientes:

Por afeitar todos los días	24 rs. al mes.
Por id. un día sí y otro no	14
Por id. dos veces en semana	8
Por id. una id. en id.	4
Doce abonos por tarjetas	10

Servicio de afeitar, cortar ó rizar el pelo ó limpiar la cabeza, 1 real.

Especialidad en teñir el pelo y la barba.